

de los dos amigos y escuchar todo lo que hablasen?

Difícil es la respuesta.

Pero lo que sí es cierto, que en todas las tornadas que se fueron haciendo, Bocas, la Hedionda, el Venado, Charcas, Laguna Se- ca, Solís, la Presa, Matchuala, el Cedral, las Animas, el Salado, la Encarnacion y el Puerto del Carnero, la tienda de la mujer tapada se levantaba siempre junto al alojamiento de D. Juan y de Rafael, sin que nadie hubiese logrado verla el rostro

Pero ¿por qué aquel empeño en tenerlo cubierto constantemente?

¿Era una linda jóven que seguia disfrazada á su amante, ó una mujer de aspecto fiero que, para no desencantar á los curiosos y atraer por aquel medio compradores, habia echado mano de aquel ingenioso ardid?

Esto es lo que muchos se preguntaban á sí mismos, sin que pudiesen sesolver el problema.

CAPITULO IV.

Batalla de la Angostura.

Era el 21 de Febrero.

Toda la division se habia concentrado, despues de largas y penosas marchas, en la Encarnacion.

Al toque de las cornetas y de los tambores, lenguas bélicas que enardecen el espíritu del soldado, el ejército mexicano, lleno de entusiasmo porque se acercaba el dia del combate, acudia empuñando sus brillantes armas, al sitio designado para pasar la gran revista.

El general Santa-Anna, seguido de su lucido estado mayor, recorria á caballo la

extensa línea entre los mas entusiastas vivas á México.

Los soldados presagiaban un éxito feliz al ver á la cabeza un jefe que les inspiraba ciega confianza, y el general estaba orgulloso de mandar un ejército valiente y aguerido, con quien no dudaba, ni por un instante, alcanzar la victoria.

La fuerza que, al salir de S. Luis, constaba de diez y ocho mil hombres, se encontraba reducida á catorce mil.

Habia habido, pues, antes de darse la primer batalla, una baja de cuatro mil combatientes.

Esta enorme pérdida reconocía por causa la falta de tiendas de campaña, de buenos víveres, de agua; calamidades terribles, á las cuales se agregó el penoso temporal que por espacio de algunos dias acosó al ejército que, sin abrigo, caminando por inmensos desiertos, y privado de todo, dejaba el camino regado de muertos, de enfermos y de cansados.

Sin embargo, el espíritu de los que se ha-

bían sobrepuesto á la intemperie y á las necesidades, era entusiasta y patriótico.

La presencia de su predilecto general Santa-Anna, y la proximidad del enemigo, les infundia nuevos bríos y los reanimaba.

A la una del dia tomó el rancho la tropa; llenó de agua las caramañolas, victoreó á sus jefes y á la patria, aprestó sus armas y emprendió su marcha para el Puerto del Carnero.

Los cuerpos ligeros, mandados por el general Ampudia, abrian la marcha: seguíanlos el cuerpo de Zapadores, con la batería de á 16: luego las tres divisiones de Pacheco, Lombardini y Ortega: en seguida el resto de la artillería con sus correspondientes dotaciones y el material de guerra: despues la caballería de Juvera y de Torrejon; y por último, cubriendo la retaguardia, la division del general Andrade.

El general en jefe, rodeado de la brillante oficialidad que formaba su estado mayor, recorria todas las divisiones, entusiasmando con su presencia al soldado que, al verle,

parecía dejar su cansancio y recobrar sus fatigadas fuerzas.

Don Juan, soñando con grados y gloria militar, marchaba suspirando porque llegase el ansiado momento del combate.

A aumentar el entusiasmo y la alegría vino la llegada de un correo de México, que llevaba cartas para el ejército.

Todos leían con avidez y vertiendo lágrimas de placer, en medio del desierto, los caros caracteres, ya de una madre, ya de una esposa, de una hermana, de un hijo, de un amigo, ó ya de su amada.

Aquellos renglones eran dulcísimos para quienes lejos de la sociedad y de sus familias se preparaban á un combate terrible y sangriento.

Para muchos era como la tierna despedida de carísimos objetos que no volverían á abrazar ni á ver en el mundo.

¡El adios triste y eterno de las personas que mas amaban sobre la tierra....!

—¡Le han escrito á vd., D. Rafael?

Le preguntó á éste D. Juan acercándose á él y caminando á caballo á su lado.

—Sí; me ha escrito nuestro comun amigo Leopoldo, quien me dá memorias para vd.

—¡Y Nuñez?

—No me escribe, y lo extraño.

—¡Ni Leopoldo le dá á vd. memorias de él?

—No le nombra para nada, y ese silencio me alarma.

—Tal vez se habrá extraviado la carta de Nuñez.

—O le haya sucedido alguna desgracia.

—No, porque entonces se la comunicaría á vd. Leopoldo, pues sabe la amistad que se tienen vdes.

—Por eso mismo, si ha tenido lugar algo que pueda desagradarme, tratará de ocultármelo. Ya le he dicho á vd. que temo que sean sus enemigos los mismos que lo son de Leopoldo.

—Pues yo creo que nada le ha sucedido, y que si no ha recibido vd. carta de él, es porque se ha extraviado.

—¡Dios lo quiera!

—¡Y no dice á vd. Leopoldo á que altura

se halla el negocio de su casamiento con Clotilde?

—Respecto á eso se manifiesta triste y desconsolado. Dice que Clotilde está en un estado de caimiento extremo, que la melancolía le mata.... que nada le consuela, y que tal vez muy pronto la verá bajar al sepulcro!....

—¡Pobre Leopoldo!

La mujer de quien ya hemos hecho mencion antes, y que tapado el rostro con un pañuelo para defenderse del sol y del polvo, habia procurado en todas las jornadas ir lo mas cerca posible de aquellos dos amigos poniendo atencion á cuanto hablaban, marchaba tambien entonces detras de ellos, escuchando el diálogo en que iban entretenidos.

—Con respecto á Luz, me dice que nada se ha conseguido saber, á pesar de seguirla buscando sin cesar, como yo se lo recomiendo en todas mis cartas; pero que continuará en su tarea hasta salir airoso de su empresa.

—Sí; y cumplirá su oferta, y la hermosa Luz parecerá!

—¡Ah! ¡Diera diez años de mi vida por verla.... toda mi fortuna.... mi sangre toda...!

La encubierta hizo un movimiento como para hablar, pero se contuvo de repente, y volvió á guardar silencio.

Parecia que las últimas palabras de Rafael le habian conmovido, que sus padecimientos le afectaban.

Terminada la jornada de aquel dia, el ejército hizo alto en el Puerto del Carnero, donde pasó la noche en medio de inmensos bosques de palmas.

El frio era tan intenso, que los soldados, para poderlo resistir, se vieron precisados á prender fuego á las inmensas arboledas que les cobijaban.

Las llamas, sacudidas por el viento, treparon incendiando las copas de las palmas, y un océano de fuego servia de toldo á los ateridos guerreros que, hambrientos, pero llenos de abnegacion y de patriotismo, va

gaban afanosos, como terribles fantasmas, á la luz de los relámpagos de una horrorosa tempestad.

Por fin amaneció el día 22, y los rayos del sol vinieron á calentar los helados miembros de aquellos sufridos soldados.

El general Santa-Anna montó á caballo, y se presentó á las tropas excitando su ardimiento.

Después de dirigirles una corta, pero entusiasta alocución, arrimó espuelas al caballo, y se adelantó hasta el punto más avanzado donde iban las descubiertas, cuyo patriotismo se manifestó dando vivas á México y á su general.

—Señor—le dijo un ayudante acercándose á él:—acabo de saber que el enemigo, lejos de esperarnos en Agua-Nueva, como lo creíamos, se retira á paso veloz, después de haber incendiado la hacienda.

—Pues marchemos en su persecución.

Exclamó Santa-Anna irradiando sus ojos de entusiasmo.

Y mandó á la caballería que, sin pérdida de tiempo, tomase la vanguardia.

Aquella orden fué cumplida en el momento; y mientras las divisiones de infantería hacían alto para mitigar su sed y llenar de agua las caramañolas, los soldados de caballería, fieles á la voz del deber, pasaron sin detenerse á descansar ni á mitigar la ardiente sed que los devoraba.

Poco tardaron en avistarse con el enemigo que los esperaba en el campo de batalla, conocido con el nombre de la Angostura.

El terreno en que se habían situado los Norte-Americanos, estaba lleno de sinuosidades, de barrancas y de lomas, que les brindaba grandes ventajas para hacer inútiles los esfuerzos de la caballería, y combatir con buen éxito.

La posición era verdaderamente formidable.

Cada loma, cada punto ventajoso y de difícil acceso, estaba defendido por una batería pronta á sembrar la muerte sobre los que intentasen avanzar un paso.

Esta imponente actitud de los Norte-Americanos, y las ventajas que les proporcionaba el terreno que habían elegido, pa-

recia que contendrían al ejército mexicano; pero nada pudo enfriar el entusiasmo de las tropas mandadas por el general Santa-Anna: antes por el contrario, á la vista de los obstáculos creció mas y mas su deseo de combatir, y despreciando los peligros, y olvidando el cansancio producido por la jornada de doce leguas que acababan de andar aquel día, se arrojaron sobre el enemigo con un denuedo digno de eterna remembranza.

La brigada del general Mejía, que fué una de las primeras en llegar al campo de batalla, se situó á la izquierda del camino, entre unos sembrados, sostenida por un cuerpo de caballería: á la derecha, y formando dos líneas con sus competentes reservas y baterías, se encontraba el resto de la infantería. En la retaguardia se situó la caballería, dispuesta á caer como un torrente sobre el enemigo, á la menor indicacion del general.

Santa-Anna, aprovechando el patriótico ardor de sus soldados, mandó al general Ampudia que, con los cuerpos ligeros que mandaba, se apoderase de un cerro de suma importancia para el éxito de la batalla,

y que los Norte-Americanos se habian descuidado ocupar.

Ampudia obedeció la orden, y se dirigió al sitio indicado.

El general contrario, Taylor, al observar aquel movimiento, conoció la importancia de aquella posicion, y tratando de reparar su descuido, envió por su parte una fuerza respetable para que se apoderase del importante cerro, antes de que llegasen las tropas mexicanas.

Las fuerzas de uno y otro campo se encontraron bien pronto.

Ambas querian para sí la posesion de un punto tan ventajoso, y conociendo que la fuerza habia de resolver la cuestion, se travó un reñido y sangriento combate.

—Mi general:—dijo un gallardo jóven acercándose lleno de entusiasmo á Santa-Anna:—¿me permite vd. que participe de los peligros de los compañeros que disputan la posesion de aquel cerro? Tengo vehementes deseos de combatir, y tal vez seré útil para ocupar el lugar de alguno de los valientes oficiales que sucumban.

—Todas las personas que me rodean anhelan, como vd., medir sus armas con el enemigo; pero esperan el momento dispuesto por mí para obrar en combinacion, y alcanzar un triunfo completo. Sin embargo, como la presencia de vd. en el sitio que en este instante se disputa, puede infundir nuevos bríos en nuestras filas, le concedo la gracia que solicita, deseando que la victoria corone su entusiasmo.

Don Juan, henchido de satisfaccion y de ardimiento, corrió sediento de gloria al sitio del combate.

El enemigo hacía esfuerzos inauditos por alcanzar el triunfo.

Pero además de aquellos esfuerzos, el ascenso al cerro por el lado en que se hallaban las tropas mexicanas, era casi perpendicular, pero en tanto grado, que aun para subir las municiones, había que vencer grandes y numerosas dificultades, que prolongaban la sangrienta lucha.

En medio del estruendo de las armas y de las filas de los valientes cuerpos que tan heroicamente disputaban á los Norte-Ame-

ricanos la posesion del cerro, se veían dos séres que, lejos de sembrar la muerte como todos los demas, se ocupaban en aliviar las dolencias y necesidades de los intrépidos soldados.

Uno de ellos era Rafael, excelente médico que, en los sitios donde era mayor el estrago de las armas, se ocupaba en atender á los que caían heridos, y hacerles la primera curacion, sin cuidarse del peligro.

El otro era la misteriosa cantinera que, cubierta la cara, recorría las filas diezmadas por la muerte, mitigando la sed del fatigado militar.

El primero había marchado voluntariamente á la campaña, buscando la muerte como un alivio á sus desgraciados amores, como un bálsamo á la profunda pasion que le oprimía.

La segunda parecía haber tenido por móvil la utilidad que le podia dejar la venta de las provisiones que había llevado desde México.

Pero si este solo era su afan, ¿por qué entonces aquel empeño y curiosidad en seguir

de cerca á los dos amigos para no perder ni una sola de las palabras vertidas en sus conversaciones de amores?

¿Qué le importaban á ella los padecimientos del uno ni los proyectos del otro?

¿Tenia interés, acaso, en aliviar los primeros, ó en apoyar los segundos?

Difícil era adivinarlo.

Lo cierto es que en aquel mismo dia, poco antes de haber dado principio la batalla, se le habia visto aproximarse con interés al amante de la hermosa Luz, como dispuesta á llamarle aparte para revelarle algun secreto, y detenerse luego sin atreverse á despegar sus lábios.

¿Por qué este cambio repentino?

No nos toca por ahora decirlo.

No debemos anticipar los sucesos.

La verdad es que se la vió partir al sitio del peligro en cuanto Rafael se adelantó con la division de cazadores que marchaba tomar el cerro.

El combate, entre tanto, seguia cada vez mas encarnizado, cada vez mas sangriento.

La muerte se cernia sobre la cabeza de

los combatientes eligiendo sus víctimas, sin que la victoria se decidiese por ninguno.

La noche, entre tanto, avanzaba pavorosa y fria.

El sol, como manchado por la sangre que el vendabal despues de cruzar el campo de batalla llevaba en sus alas, se ocultaba entre nubes, veladas por el espeso humo del cañon.

Las tropas mexicanas, cansadas por la jornada de doce leguas que acababan de hacer aquel dia, y por la larga lucha que sostenian contra un enemigo que habia escogido el terreno para combatir con ventaja, empezaban á decaer en brío, cuando se presentó, sereno y confiado, el intrépido Don Juan.

—¡Viva México!

Exclamó arrojándose sobre el enemigo con la espada desnuda y derribando de una estocada al oficial norte-americano, que llegaba arengando á sus soldados.

A aquella voz el espíritu de los cuerpos ligeros se reanima; contestan á aquel viva con indecible entusiasmo, y llenos de valor

y de confianza se lanzan con ímpetu indecible sobre sus contrarios, que apenas pueden resistir al brusco choque de las bayonetas.

La última luz del crepúsculo se ocultó por fin, dejando á la tierra envuelta en las negras sombras de la noche.

Ya no se distingue á los combatientes.

Los batallones ligeros, que son los únicos que han entrado en accion, siguen disputando la posesion del cerro, en tanto que el resto del ejército, simple espectador de la accion, sigue ansioso con la vista la direccion de los fuegos que le indican cuando avanzan y cuando se retiran sus compañeros de armas.

—Un esfuerzo supremo, y la victoria es nuestra!

Se oyó gritar á D. Juan.

—¡Viva México! ¡Viva el general Santa-Anna!

Contestaron los soldados, henchidos de entusiasmo.

Varias descargas cerradas sucedieron á estas voces, y el terreno se enrojeció con la sangre de nuevas y numerosas víctimas.

La ansiedad del ejército que observaba, era extrema.

La vista de todos estaba pendiente de la direccion del fuego.

De repente se vió en el aire como una larga serpiente de lumbre que se alejaba huyendo de otra, que sobre la cima del cerro se ostentaba triunfante.

Las dianas y las músicas que se elevaban desde el vértice del punto disputado, anunciaban que la victoria habia coronado á uno de los dos ejércitos.

¿Cuál era el que habia alcanzado el triunfo?

Un arrogante jóven, que montado en su brioso corcel, se presenta á los pocos instantes ante el general Santa-Anna, lo anuncia.

—Señor—dice llevando aún en la mano su espada ensangrentada.—Los Norteamericanos huyen derrotados; las tropas mexicanas coronan el cerro tan tenazmente defendido como intrépidamente ganado: yo, en nombre de mis compañeros de armas, saludo á mi general por el buen resultado de su excelente plan de campaña. ¡Viva México! ¡Viva el general Santa-Anna!

Mil voces contestaron á la del valiente jóven.

—D. Juan—dijo el general:—El valor es una de las virtudes mas dignas de recompensa: el de vd. ha influido marcadamente en el buen éxito del combate; y yo, en nombre de la patria agradecida, le elevo al grado de capitan, tan justamente adquirido.

Y al decir esto colocó sobre sus hombros las dos presillas que corresponden al capitan.

El ejército entero aplaudió aquel rasgo de justicia, y el jóven oficial volvió á su campamento sediento de nuevos combates y nuevas glorias.

CAPITULO V.

Continúa la Batalla de la Angostura.

Al cansancio de la larga jornada de aquel dia y á la fatiga de la sangrienta lucha, sostenida con admirable denuedo por una y otra parte, siguió una noche oscura, lluviosa y fria.

Los soldados, con la ropa mojada y atorridos de frio, pasaron la noche entera al vivac enfrente al enemigo, sin poder encender una hoguera para calentarse, por haberse prohibido por el general en jefe el que se hiciese lumbrada ninguna.

Todos sabian que la accion de aquel dia solo habia sido el preludio de la gran bata